

Bilingües

*Maru San Martín**

102

Ellos se sientan en el comedor; yo, en la cocina. Ellos saborean lo que les gusta; yo, las sobras del día. Ellos acuden al club social, yo me ejercito en su casa. Ellos se expresan correctamente; yo, no. Lo sé porque se ríen de mis errores.

Ellos hablan dos lenguas, igual que yo, pero su inglés no lo entiendo, y ellos mi náhuatl ignoran. Ellos hablan en extranjero cuando quieren burlarse de mí, a sus frases les siguen carcajadas, yo también los insulto. No se enteran.

Ellos no tienden su cama ni recogen las toallas del baño, yo friego su ropa blanca y recojo sus pelos de las coladeras. Ellos coleccionan perfumes caros; yo, detergente Roma para desprender el sudor de mi cuerpo. Cada uno de ellos, maneja un auto de lujo, yo conozco la ciudad por lo que he caminado cuando no tengo para la combi. Ellos cenan salmón a la plancha y espárragos cocidos; yo, tortilla tostada y atole de arroz hervido.

Me reprenden por sucia, pero soy yo la que limpia su caca embarrada. Ellos gritan todo el tiempo; mi voz, apenas susurros. No sé leer, no me enseñaron, ellos acumulan en estantes libros que solo yo he acariciado.

Ellos: ¡Eres una idiota! ¡India pata rajada! ¡Estúpida, mantenida!

Yo: Perdón, señora. Lo siento, niño. Señor, por la virgen, no me corra.

* Licenciada en hotelería por la UDLAP y licenciada en periodismo por UNARTE. Ha ganado concursos estatales y nacionales de cuento corto, poesía y guion de cortometraje. Autora del cuento infantil ilustrado *El camino de Fátima* (Avant, Madrid, 2020). Sus cuentos y poesías se han publicado en diversas antologías impresas y revistas digitales. Se desarrolla como escritora, profesora de escritura creativa, correctora de estilo, diseñadora editorial y gestora cultural en la Feria Nacional del Libro de escritoras Mexicanas (FENALEM). E-mail: marusanmartin@yahoo.com



Ellos solo conocieron mi nombre de pila. No les gustó. Para ellos soy otra. Ellos no saben dónde vivo ni el nombre de mis padres ni que crío sola a cuatro hijos. A ellos les gusta invitar a los abuelos, a los primos, novios y vecinos. Yo me quedo hasta tarde, atendiéndolos, es mi trabajo, mi destino.

Ellos vacacionan en el extranjero, yo voy al pueblo los domingos. Yo soy instrumento, herramienta; ellos, sustento. Ellos me acusan de robo, yo soy culpable, en parte: no lo necesitan todo. Es justicia, me pagan poco. Ellos visten ropa de marca, yo encuentro, a veces, prendas en la basura, algunas —las rotas— las recibo, las descuentan de mi paga. Callo, me arriesgo al despido.

Ellos se van, yo alimento al perro, riego las plantas, froto sus cepillos de dientes contra la taza del baño. El raticida en la sopa es mínimo. Ellos sonríen en las fotografías de la sala, pero se han sentido mal los últimos días.

Yo limpio su bar y altero sus vinos, ellos los ofrecen orgullosos a sus invitados, un poco de veneno también, ¿por qué no? Son iguales a ellos, ya lo he vivido. Ellos se ríen de mis manos rojas y mi piel ajada, yo les convido un poco de amoníaco en su multivitamínico. Ellos me reprenden por no cuidar mi aspecto, yo destrozaré todas sus prendas antes de mi partida.

Ellos no tendrán nada que vestir si aún están vivos, les dejaré mis uniformes, los que me obligan a usar para marcar mi sitio. Ellos no saben que he aprendido a manejar. Yo fingiré un robo. Ellos creen que no conozco sus escondites. Son ratas: lo guardan todo en pequeños orificios. Lo llevaré todo: auto, dinero, joyas, seis vidas, un pago con intereses.

Yo, Nehuatl; Ellos, Yehuantin.

Ellos fueron Kalayotls, insectos mugrosos, rastrosos. Yo soy papalotl. Ahora, a volar. Ahora sí puedo.

